



ANTE EL NUEVO CURSO PASTORAL 2020-2021

Desde el día 14 de marzo hasta el día 21 de junio estuvo vigente el Estado de Alarma, que con mayor o menor vigor nos tuvo confinados en nuestras casas. Tanto la movilidad, como las actividades y la misma comunicación, estuvieron muy limitadas. Recluidos en nuestras casas llegamos a experimentar cansancio, inseguridad y perplejidad. También hubo momentos de intensa intimidad e iniciativas muy creativas, sobre todo en lo que toca a la oración en familia. Con la ayuda de los medios de comunicación muchos fieles participaron en las celebraciones de la fe. Pero hemos de reconocer que de aquella situación salimos sin el dinamismo que teníamos como sociedad y como Iglesia. Los católicos se han ido incorporando muy lentamente a la celebración de la Eucaristía y algunos no lo han hecho todavía. Los diversos grupos de formación y apostolado interrumpieron su actividad.

Por otra parte, cuando terminaba el tiempo de alarma, entró el verano. Aunque este año las vacaciones han sido muy especiales, las celebraciones se han visto muy afectadas por las normas sanitarias de obligado cumplimiento y las actividades pastorales disminuyeron en gran medida. Hasta las fiestas de nuestros pueblos se han visto reducidas en muchas ocasiones a la celebración eucarística con limitaciones de aforo.

Tras estas dos etapas, el confinamiento y el verano, nos hallamos ante el nuevo curso pastoral. Aunque no podemos dominar el futuro, tampoco podemos quedar paralizados. Hemos de seguir haciendo proyectos, esbozando programas y planificando actividades. En esta situación, en que todos estamos inmersos, ¿qué actitudes adoptar en el campo pastoral de cara al curso que iniciamos? A continuación, ofrezco algunas consideraciones con el ruego de que todos reflexionemos.

- La seguridad absoluta no existe. El riesgo no puede significar inmovilidad interior y exterior. Debemos armonizar el cuidado de la salud y la responsabilidad en las tareas pastorales. ¡Ánimo! No nos quedemos como paralizados por la amenaza que no deja de cernirse sobre nuestras cabezas.
- Iniciamos las tareas pastorales, alentando a los otros y recibiendo nosotros el consuelo de Dios. San Pablo nos recuerda: “Dios nos consuela en cualquier tribulación para poder consolar nosotros a los demás” (cf. 2 Cor.1, 4). Repartamos el ánimo que recibimos de Dios. Acometamos el nuevo curso con valor y decisión.
- Debemos programar el curso pastoral en cada parroquia, en cada comunidad, en cada delegación de pastoral, en cada colegio, en cada reunión que nos sostiene en la debilidad, nos ofrece la oportunidad de compartir experiencias y nos e impulsa a caminar. A veces percibimos una especie de resistencia a retomar el ritmo anterior, estamos tentados de experimentar cansancio antes incluso de comenzar el trabajo. ¡No nos acostumbremos a soluciones de emergencia! La participación en la Eucaristía requiere normalmente la presencia de los fieles, aunque a veces cueste salir del domicilio.
- Cuando las situaciones limitan nuestra capacidad de movimientos también en la acción pastoral, debemos centrar los esfuerzos y trabajos en lo fundamental. En este sentido invito a todos a poner en marcha, con las adaptaciones que hagan falta, los grupos de lectura creyente y orante de la Palabra de Dios, una de las grandes riquezas de nuestra diócesis. Igualmente la catequesis de niños y adultos, animemos a participar en la Eucaristía del domingo (o celebración dominical en ausencia del presbítero), a la vida en comunidad. Fomentemos con la oración y el trabajo las vocaciones sacerdotales que tanto necesitamos. Seamos generosos para compartir la ayuda solidaria y fraternal, tan fundamental en este tiempo de problemas económicos y sociales de enorme calado.
- Insisto en lo que termino de decir: Que lo fundamental concentre nuestros esfuerzos. Parece bastante claro que lo que hoy necesitamos en la Iglesia es fomentar el Primer Anuncio de Jesucristo para ayudar a que nuestros hermanos se encuentren con Él y mediante un buen acompañamiento puedan llegar a ser discípulos misioneros. Sin la fe, sin la oración, sin el encuentro personal con Jesús perdemos nuestras señas de identidad y el fundamento para vivir como cristianos. Tampoco podemos vivir como cristianos aisladamente, sin comunión y comunicación con otros hermanos en la fe. Sin Iglesia no hay cristianos; sin comunidad seríamos

candidatos al naufragio. La fe no se impone, pero tampoco se prohíbe ni se impide ni se discrimina. La vitalidad de la fe adormecida puede salir reforzada a veces por la hostilidad ambiental; y siempre crece al compartirla en la comunidad cristiana. Hoy aparece un peligro del que debemos defendernos. Podemos los cristianos ser amenazados en la fe cuando experimentamos en nuestro ambiente indiferencia y relativismo, irrelevancia socio-cultural y ausencia de significatividad.

Animo a todos a ponernos en camino después de tanto tiempo transcurrido de manera excepcional. Empecemos el curso pastoral con cuidado responsable y, sobre todo, con decisión confiada en el Señor.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**